M. Legat: No fue allí donde cardásteis la lana de los colchones.

Berard: No, fue en la cocina. En aquel año fui dos veces á hacer colchones.

M. Legat: Es verdad. En cuanto á designar la época de un modo preciso, no podría yo hacerlo; pero estoy muy seguro de que no era el 1.º de setiembre. Repito que estoy seguro porque me hallaba un poco enfermo. Estaba ya acostado cuando vinieron á llamarme para ir á Chamblas. No me hallaba bastante enfermo para no levantarme, y en efecto, me levanté.

Berard: Siento verme obligado á desmentir al señor cura, pero era verdaderamente el 1.º de setiembre.

M. Legat: Vuestro mentís os le devuelvo y estoy seguro de lo que digo.

Berard: Y yo juro ante la justicia y ante el Ser Supremo que digo la verdad.

M. Bac: Tened en cuenta, testigo, que vuestra afirmacion es una cosa muy grave: lo es tanto que puede enviar á un hombre al patíbulo. Podeis equivocaros.

Berard: No me equivoco.

M. Bac: Acaso os engañe vuestra memoria.

Berard: No.

P. ¿Estais bien seguro?

R. Sí.

M. Bac: Tened cuidado con lo que decís, testigo, y ved la declaracion que desmentís. El señor cura es un hombre respetable, cuyo carácter inspira completa confianza.

Berard: Estoy seguro de lo que digo. El señor cura se equivoca.

M. Bac: ¿Tiene á bien el señor presidente llamar al sargento de gendarmería para que dé su opinion respecto del testigo?

M. Faure: Estoy convencido de que, en este momento, el testigo Berard quiere engañar á la justicia. (Viva sensacion). Sí, conozco á ese hombre; falta mucho á la verdad; se alabó de saber muchas cosas, hablando con un hombre de Puý que despues me lo refirió, y le conduje ante el señor fiscal, quien despues de haberle oido y apreciado en su verdadero valor, le echó vergonzosamente. (Vivos rumores; agitacion general en la audiencia).

P. ¿Cómo creéis que haya querido engañar á la justicia?

R. Porque me habló tambien de una supuesta disputa que habia mediado entre Besson y Mateo Reynaud soldado: me dijo que este llevaba pantalon encarnado. Ahora bien, en aquella época todavía no estaba Mateo en el servicio. Esto me inspiró sospechas, y cuando me le llevó Roizon, le conduje ante el señor fiscal, á quien cuidé de participar mis sospechas.

P. ¿En qué época fue eso?

R. En la época en que la causa se vió ante el tribunal criminal de Puy.

P. ¿Segun eso, vuestra conviccion es la de que Berard es un hombre que engaña á la justicia?

R. Sí, estoy seguro de ello.

El procurador general: ¿Y se lo advertisteis al señor fiscal?

R. Sí señor.

El procurador general: Es muy sensible que el señor promotor fiscal de Puy no nos haya prevenido de esto, y nos haya espuesto así á hacer figurar tal testigo en nuestra lista.

M. Bac: Por eso debemos tachar desde ahora tal testimonio, y suplicamos á los señores jurados que no se cuiden sino de la informacion que ya conocen.

Así, pues, he ahí otro falso testimonio, y esta vez era uno de los que se juzgan casi imposibles, un falso testimonio contra el acusado. *M. Lachaud* se prevaleció de ello, como era su derecho, aunque la lealtad de la acusacion era la que mas habia contribuido á arrancar la máscara á Berard. *El procurador general* pidió el arresto del perjuró, y *M. Bac* apoyó su peticion protestando que aquella declaracion engañosa le era desconocida y que era preciso saber qué intereses desesperados habian llamado en su auxilio á Berard. El testigo fue conducido ante el tribunal; se adelantó sereno y con la sonrisa en los labios; pero sus facciones se alteraron cuando al oír leer el artículo de la ley, relativo al falso testimonio, comprendió que lo que le amenazaba era la pena de muerte. Balbuceó, vaciló; ya no pudo afirmar aquella fecha, antes tan exacta.

El presidente: ¿Os ha impulsado alguien á mentir?

Berard: ¡Ah! ¡sí señor! fue un molinero de Sceaux-d'Ebde; queria darme 600 francos para hacerme hablar así.

M. Bac y *M. Lachaud* exclamaron:—Es preciso encontrar á ese molinero!

—Héme aquí, dijo tranquilamente un hombre que se levantó del banco de los testigos, héme aquí.

Aquel hombre declaró que se llamaba *Juan Andrés Rorion*. Habia declarado ya acerca de las confidencias que le hicieron, como á tantos otros, *Olaudio Reynaud* y *Gerbier*, acerca de las apariciones de *Besson*. *Berard* le conoció.—Ese hombre es, realmente, dijo, el que me pagó dos botellas en una taberna y me prometió hacer que me diesen dinero por declarar en falso.

—¡Ah! ¡embustero sempiterno! contestó tranquilamente *Roiron*; me contó muchas cosas, y yo fui en seguida á repetírselas todas á *M. Faure*, el sargento de gendarmería.

Faure confirmó las palabras de *Roiron*, y declaró que era un hombre muy honrado.

Así, pues, Gerard habia vuelto á mentir; pero se retractó acerca del falso testimonio; no habia lugar á acceder á la peticion, y el presidente se contentó con ordenar que se le tuviese vigilado hasta el fin del proceso.

Despues de este nuevo incidente, se entabló una discusion acerca de una frase dicha por *Besson* á un relojero llamado *Peyrussel*, que le negaba la mano de su hija. Parece que *Besson* dijo: *He quitado de en medio á uno que valia tanto como tú; si no me das la mano de tu hija, haré contigo lo que hice*